

Domingo IV – Tiempo de Cuaresma B

Domingo Laetare



Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. También *Servicio Bíblico Latinoamericano*.

Lecturas

2Cr 36,14-16.19-23: La ira y la misericordia del Señor se manifiestan en la deportación y en la liberación del pueblo

Salmo 136: Que se me pegue la lengua al paladar, si no me acuerdo de ti

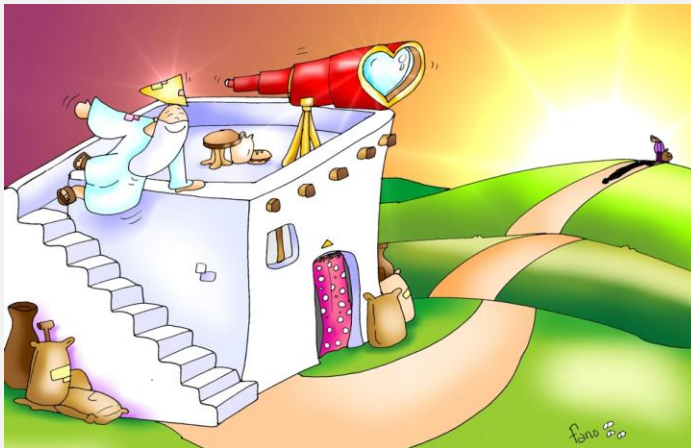
Ef 2,4-10: Estando muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo

Juan 3,14-21: Para que el mundo se salve por él

Dios envió a su Hijo para salvar al mundo

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:

«Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, para que todo el que crea en él tenga vida eterna.



Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él. El que cree en él no será condenado; por el contrario, el que no cree en él ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios.

El motivo de esta condenación está en que la luz vino al mundo, pero los hombres prefirieron la oscuridad a la luz, porque su conducta era mala. Todo el que obra mal detesta la luz y la rehúye por medio a que su conducta quede descubierta. Sin embargo, aquel que actúa conforme a la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que toda su conducta está inspirada por Dios».

Palabra del Señor

“Bajar del cielo” y ser “levantado” es un asunto de amor de Dios

Jn 3,14-21 corresponde a la respuesta que Jesús da a Nicodemo cuando pregunta «¿cómo puede ser eso?», refiriéndose al nuevo nacimiento en el Espíritu. Es también la segunda y última parte del diálogo de Jesús con este “jefe” de los fariseos de Jerusalén.

Nicodemo, cuyo nombre significa “el que vence al pueblo”, aparece varias veces en el evangelio de Juan (3,1-21; 7,50-52; 19,39). No es un cualquiera. Por su filiación religiosa es un fariseo, es decir, un rígido observante de la Ley, considerada como la expresión suprema e indiscutible de la voluntad de Dios para el ser humano. Es el primer rasgo que señala Juan antes del nombre mismo. Nicodemo se define como hombre de la Ley antes que por su misma persona. Juan añade otra precisión sobre el personaje: en la sociedad judía es un “jefe” título que se le aplica particularmente a los miembros del Gran Consejo o Sanedrín, órgano de gobierno de la nación (11,47). En éste, el grupo de los letrados fariseos era el más influyente y dominaba por el miedo a los demás miembros del Consejo (12,42).

Nicodemo habla en plural (3,2: *sabemos*). Es, pues, una figura representativa. La escena va a describir un diálogo de Jesús con representantes del poder y de la Ley. Nicodemo llama a Jesús “*Rabbi*” (3,2), término usado comúnmente para los letrados o doctores de la Ley que mostraban al pueblo el camino de Dios. Así es como este fariseo adicto ferviente de la Ley, ve a Jesús. Es extraño, porque hasta el momento, Jesús no ha dado pie para semejante interpretación de su persona. En realidad, Nicodemo está proyectando sobre Jesús la idea farisea de Mesías-maestro, avalado por Dios para interpretar la Ley e instaurar el reinado de Dios enseñando al pueblo la perfecta observancia de la Ley de Moisés. Está lejos de comprender el cambio radical que propone Jesús. Para los fariseos, en la Ley está el porvenir de Israel; para Jesús, el nacimiento en el Espíritu abre el reino de Dios al porvenir humano. El ser humano no puede obtener plenitud y vida por la observancia de una Ley, sino por la capacidad de amar que completa su ser. Sólo con personas dispuestas a entregarse hasta el fin puede construirse la sociedad verdaderamente justa, humana y humanizadora. La Ley no elimina las raíces de la injusticia. Por eso, una sociedad basada sobre la Ley, no sobre el amor, nunca deja de ser opresora, codiciosa, injusta.

La segunda parte del diálogo de Jesús con Nicodemo se centra en el que “bajó del cielo”, sin dejar de ser “del cielo”, “para que todo el que crea tenga vida eterna”. La reflexión de Jesús resalta la relación que hay entre creer y vivir en las obras de la vida eterna, es decir, en el Reino de Dios. “Bajar del cielo” y ser “levantado” es un asunto de amor de Dios. Veamos los énfasis teológicos propuestos por el discurso:

Frente a la centralidad farisaica de la Ley, el evangelio de Juan propone la dinámica liberadora de la fe en Jesús “levantado” (levantado en la cruz, crucificado), como la serpiente que Moisés levantó en el desierto. Creer es la respuesta al inmenso amor de Dios. Es la reciprocidad del amor. Creer no es un concepto, o una doctrina; es un acto de amor, por el que adviene el Reino de Dios. El juicio sobre la humanidad tiene como criterio la fe, como acto de amor recíproco. Nuevamente llegamos a la insistencia de Juan: una humanidad justa y feliz sólo es posible sobre el amor, no sobre la Ley. Ésa es la fe que proclama Juan.

Pablo, después de agradecer el don de la fe (Ef 1,3-14), contrasta y contrapone dos tiempos: el de la muerte y el de la resurrección. El tiempo de la muerte (Ef 2,1-3) corresponde a “delitos y pecados” según el “proceder de este mundo” bajo la dominación de Satanás. Es tiempo de esclavitud e infrahumanidad. De ese tiempo Dios rescata tanto a judíos como a gentiles, por ser “rico en misericordia”, vivificándolos “juntamente con Cristo”, por su resurrección. Sólo la gracia mediante el don de la fe puede “explicar” tal sobreabundancia de amor divino. El tiempo de la resurrección es tiempo de “nueva creación” en Cristo Jesús, lo que se expresa en las “buenas obras” practicadas por quienes han sido vivificadas y vivificados. No es de extrañar que la “medida” de las buenas obras sea como la medida de Dios: el amor. El tiempo de la resurrección es el tiempo de afirmación de la vida en el amor. Para la fe cristiana, la muerte (la esclavitud) no tiene la última palabra. Vivir a plenitud como nuevas criaturas el tiempo de la resurrección es el llamado que Pablo hace a lo largo de esta carta a la Iglesia nacida entre la gentilidad.

Mirar la cruz para tener compasión

Para Israel la travesía por el desierto fue dura y peligrosa, llena de hambre, sed, fatiga y sorpresas desagradables como alacranes y serpientes venenosas. Solo existió una señal de sanación: La serpiente de bronce puesta en un pedestal para mirarla. El recurso resultaba cierto porque todos se iban curando. ¿Qué era lo que sanaba a la gente? No era ni el estandarte, ni el bronce, porque no se trataba de un talismán, tampoco de una curiosidad; no importa el estandarte, lo que importa es la palabra escuchada y acogida en la fe. Algo similar le ocurrió a Naamán el general del Rey de Siria (2Re 5,1-15).

Jesús se aplica a sí mismo la imagen de la serpiente de bronce para indicar cómo se remedian los males y los sufrimientos signos del mal. “El Hijo del Hombre tiene que ser levantado para que todo el que crea, viva... Así como

levantó Moisés la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna”, definitiva; enfatiza la calidad y eterna la duración. “Así demostró Dios su amor al mundo” (Evangelio). El regalo de la cruz y la posibilidad de contemplarla no es para juzgarnos, sino para que nos salvemos por ella. Que miremos la cruz que nos sanó es tener ya en el corazón compasión por los demás. No importa saber si Dios existe lo que importa es saber si es amor, decía Kierkegaard. Todo amor humano que cuide la dignidad de las personas es un cuaderno con páginas sobre el amor de Dios desde la cruz y resurrección de Jesús. El crucificado-resucitado por la acción del Espíritu santo continúa creando y renovando al hombre para que éste pueda colaborar con Dios en su plan de humanizar la historia.

Somos Nicodemo

Nicodemo pensaba que el hombre podía mejorarse a sí mismo por su fidelidad a la ley; Jesús afirma que la creación debe ser terminada por Dios, infundiendo en el hombre vida en plenitud ahora y definitiva después. Nicodemo es un hombre envejecido, inútil, por el solo cumplimiento de la ley convertida en práctica religiosa inocua. El diálogo con Nicodemo es el diálogo de la sinagoga de los ritos, la doctrina, las costumbres agobiantes y la ley implacable; con la comunidad cristiana renovada por la victoria de la cruz por la acción del espíritu que hace hombres nuevos para una sociedad más humana.

Nicodemo jamás olvidó este encuentro con Jesús como también nosotros jamás deberíamos olvidarnos de nuestro bautismo para dar testimonio permanente de esta experiencia. Cuando Nicodemo acude a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús y encargarse de darle al menos una sepultura honrosa a quien había tenido una muerte afrentosa, estaba siendo compasivo con quien había sido compasivo y comprensivo con él, al final quien lo sedujo fue el cuerpo compasivo del crucificado.

La compasión reconstruye

El texto de la carta a los Efesios es la experiencia mística de un hombre genial, Pablo, quien ha llegado a su madurez: “Dios rico en misericordia por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados,

nos ha hecho vivir en Cristo, por pura gracia están salvados” (segunda lectura).

Para comprender la dimensión de la compasión y misericordia Jesús nos dice: “Sean misericordiosos como mi Padre es misericordioso”. ¿Cómo introducir la compasión, la misericordia, el perdón y el servicio desinteresado en situaciones tan deterioradas en dignidad y derechos humanos? La misericordia se refiere no solo a la pobreza material, sino a otras formas como la pobreza cultural y religiosa.

Pos conflicto es reedificar

Para nosotros Cuaresma es un reto de reedificación históricamente más grande cuanto exigió para Israel el retorno del exilio con la ventaja que hoy por la Palabra y la catequesis cada uno sabe que tiene que reconstruir: nuestra historia personal de creyentes, la historia comunitaria de la convivencia y la dignidad de las personas, una tradición social de valores y principios que hemos dejado perder y que la cruz y la resurrección ya han recuperado.

La Cuaresma es un reto de reedificación desde la compasión para acompañar a los que sufren por el mal. Todas las acciones que hagamos en este sentido las podemos llamar experiencias del crucificado que nos permiten distinguir a los crucificados, acompañarlos, es decir estar en Cuaresma para poder celebrar la pascua.

Domingo Laetare

Homilía de Benedicto XVI, 26 de marzo de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

Este IV domingo de Cuaresma, tradicionalmente designado como "domingo Laetare", está impregnado de una alegría que, en cierta medida, atenúa el clima penitencial de este tiempo santo: "Alégrate Jerusalén —dice la Iglesia en la antífona de entrada—, (...) gozad y alegraos vosotros, que por ella estabais tristes". De esta invitación se hace eco el estribillo del salmo

responsorial: "El recuerdo de ti, Señor, es nuestra alegría". Pensar en Dios da alegría.

Surge espontáneamente la pregunta: pero ¿cuál es el motivo por el que debemos alegrarnos? Desde luego, un motivo es la cercanía de la Pascua, cuya previsión nos hace gustar anticipadamente la alegría del encuentro con Cristo resucitado. Pero la razón más profunda está en el mensaje de las lecturas bíblicas que la liturgia nos propone hoy y que acabamos de escuchar. Nos recuerdan que, a pesar de nuestra indignidad, somos los destinatarios de la misericordia infinita de Dios. Dios nos ama de un modo que podríamos llamar "obstinado", y nos envuelve con su inagotable ternura.

Esto es lo que resalta ya en la primera lectura, tomada del libro de las Crónicas del Antiguo Testamento (cf. 2Cr 36,14-16.19-23): el autor sagrado propone una interpretación sintética y significativa de la historia del pueblo elegido, que experimenta el castigo de Dios como consecuencia de su comportamiento rebelde: el templo es destruido y el pueblo, en el exilio, ya no tiene una tierra; realmente parece que Dios se ha olvidado de él. Pero luego ve que a través de los castigos Dios tiene un plan de misericordia.

Como hemos dicho, la destrucción de la ciudad santa y del templo, y el exilio, tocarán el corazón del pueblo y harán que vuelva a su Dios para conocerlo más a fondo. Y entonces el Señor, demostrando el primado absoluto de su iniciativa sobre cualquier esfuerzo puramente humano, se servirá de un pagano, Ciro, rey de Persia, para liberar a Israel.

En el texto que hemos escuchado, la ira y la misericordia del Señor se confrontan en una secuencia dramática, pero al final triunfa el amor, porque Dios es amor. ¿Cómo no recoger, del recuerdo de aquellos hechos lejanos, el mensaje válido para todos los tiempos, incluido el nuestro? Pensando en los siglos pasados podemos ver cómo Dios sigue amándonos incluso a través de los castigos. Los designios de Dios, también cuando pasan por la prueba y el castigo, se orientan siempre a un final de misericordia y de perdón.

Eso mismo nos lo ha confirmado, en la segunda lectura, el apóstol san Pablo, recordándonos que "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo" (Ef 2,4-5). Para expresar esta realidad de salvación, el Apóstol, además del término "misericordia", *eleos*, utiliza también la palabra "amor", *agape*, recogida y amplificadas ulteriormente en la bellísima afirmación que

hemos escuchado en la página evangélica: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3,16).

Sabemos que esa "entrega" por parte del Padre tuvo un desenlace dramático: llegó hasta el sacrificio de su Hijo en la cruz. Si toda la misión histórica de Jesús es signo elocuente del amor de Dios, lo es de modo muy singular su muerte, en la que se manifestó plenamente la ternura redentora de Dios. Por consiguiente, siempre, pero especialmente en este tiempo cuaresmal, la cruz debe estar en el centro de nuestra meditación; en ella contemplamos la gloria del Señor que resplandece en el cuerpo martirizado de Jesús.

Precisamente en esta entrega total de sí se manifiesta la grandeza de Dios, que es amor.

Todo cristiano está llamado a comprender, vivir y testimoniar con su existencia la gloria del Crucificado. La cruz —la entrega de sí mismo del Hijo de Dios— es, en definitiva, el "signo" por excelencia que se nos ha dado para comprender la verdad del hombre y la verdad de Dios: todos hemos sido creados y redimidos por un Dios que por amor inmoló a su Hijo único.

Por eso, como escribí en la encíclica *Deus caritas est*, en la cruz "se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical" (n. 12).

¿Cómo responder a este amor radical del Señor? El evangelio nos presenta a un personaje de nombre Nicodemo, miembro del Sanedrín de Jerusalén, que de noche va a buscar a Jesús. Se trata de un hombre de bien, atraído por las palabras y el ejemplo del Señor, pero que tiene miedo de los demás, duda en dar el salto de la fe. Siente la fascinación de este *Rabbí*, tan diferente de los demás, pero no logra superar los condicionamientos del ambiente contrario a Jesús y titubea en el umbral de la fe.

¡Cuántos, también en nuestro tiempo, buscan a Dios, buscan a Jesús y a su Iglesia, buscan la misericordia divina, y esperan un "signo" que toque su mente y su corazón! Hoy, como entonces, el evangelista nos recuerda que el único "signo" es Jesús elevado en la cruz: Jesús muerto y resucitado es el signo absolutamente suficiente. En él podemos comprender la verdad de la vida y obtener la salvación. Este es el anuncio central de la Iglesia, que no cambia a lo largo de los siglos. Por tanto, la fe cristiana no es ideología, sino encuentro personal con Cristo crucificado y resucitado. De esta experiencia, que es individual y comunitaria, surge un nuevo modo de pensar y de

actuar: como testimonian los santos, nace una existencia marcada por el amor.

Comprender y acoger el amor misericordioso de Dios: que este sea vuestro compromiso sobre todo en el seno de las familias y también en todos los ámbitos del barrio.

Dirigiendo la mirada a María, "Madre de la santa alegría", pidámosle que nos ayude a profundizar las razones de nuestra fe, para que, como nos exhorta la liturgia hoy, renovados en el espíritu y con corazón alegre correspondamos al amor eterno e infinito de Dios. Amén.